

EL BELLO SEXO.

SEMANARIO CIENTÍFICO-LITERARIO

DEDICADO Á LA MUJER,

Y DEFENSOR DE LOS INTERESES DE LA FAMILIA.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Alicante, 0'50 pesetas al mes.
Fuera de la capital, 1'50 trimestre.—Pago anticipado.—Anuncios á precios convencionales.

PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ BERNABEU GONZALEZ.

PUNTO DE SUSCRICION.

En la Administracion y Redaccion, calle de San Pascual, 12, donde se dirigirá toda la correspondencia. No se devuelven los originales.

EL BELLO SEXO.

Sábado 18 de Noviembre de 1882

LA MUJER PROFESORA.

La idea de la instruccion de la mujer se abre paso, adquiriendo carta de naturaleza en nuestra patria, que de un modo brillante acaba de iniciar esta gloriosa etapa de la civilizacion.

«El Debate» ha dado cuenta de la recepcion de una señorita en el doctorado de Medicina, la cual ha sabido conquistar el birrete á fuerza de impropio trabajo y envidiables triunfos. Doña Martina Castells y Bellaspí ha terminado su carrera profesional con tan feliz éxito como emprendió sus estudios, contanto en su expediente universitario las mejores notas de la carrera, mas la adquisicion de seis premios, mediante una brillante oposicion.

No pretendemos, porque no cabe en nuestras convicciones, que la mujer exhiba en el anfiteatro la toga doctoral; no estamos conformes con que ejerza ciertas y determinadas funciones como profesor de medicina, porque esto seria antitético á su organismo y á sus sentimientos; pero prescindiendo de la admiracion y respeto que el acto realizado por esta señorita nos causa, diremos que debe limitarse el profesorado de la mujer á ciertas enfermedades propias de su sexo y al tratamiento y curacion de las de los niños. Así admitimos al médico femenino, así le comprendemos, así le deseamos.

La mujer, como muchas veces hemos dicho, debe tener abiertas las puertas de la instruccion profesional, para que haciendo de ella una ocupacion honrosa, pueda con su auxilio adquirirse la precisa subsistencia; la mujer debe ser admitida al estudio de la medicina, porque nada más útil, nada más necesario en el hogar que sus valiosos conocimientos; la mujer debe adquirir un título profesional que pueda ejercer en las personas de su sexo y en sus mismos hijos, porque de ello resultará un notable beneficio para su salud y una garantía para su pudor.

El dia en que esta doctrina se acepte y se plantee, no tendrá la mujer que ocultar determinados padecimientos por respeto á su pudor, y encontrará en la profesora un confidente en quien depositar toda su confianza. Muchas veces que la oculta para el profesor el germen de una enfermedad, y sólo tiene conocimiento de ella cuando los estragos causados en la economía son tales que su curacion se hace difícil, ó cuando ménos tardía: ¿de qué depende esto? De la especial delicadeza de la mujer.

Haciendo del pudor una religion, guardando en el sagrario de sus sentimientos purísimos la idea de la integridad física, cree faltar á ellos con la sola enumeracion de sus padecimientos, y á tal de no exponerse á la inspeccion de un hombre, por

más que este hombre deje á la puerta sus pasiones para revestir la moral del médico oculta el germen de su mal, para darle á conocer quizá cuando ya es tarde: si esa mujer hubiera podido consultar á otra mujer debidamente instruida, le hubiera abierto su corazon y entregado su cuerpo sin reserva alguna, para que combatiése aquel germen morboso, aquella primera manifestacion que mermaba su salud.

Nadie como la mujer comprende ese mudo lenguaje de los niños, ni tiene ocasion de observar con mayor detenimiento sus afecciones; nadie como la madre aprende paso á paso el temperamento que domina en sus hijos; nadie como la mujer se identifica con el niño en todas las fases de la infancia: ¿por qué no se le ha de adornar con conocimientos facultativos bastantes á tratar las enfermedades de la mujer y de los niños?

Es preciso persuadirse ante la evidencia de los hechos; la época reclama este paso en la civilizacion, y es preciso que se dé, porque lo contrario seria faltar á las leyes del progreso. Aquellos tiempos en que se discutia si la mujer tenia ó nó alma racional, han pasado para no volver; porque la mujer ha probado con hechos que es susceptible de aprender lo que el hombre aprende, y ejercer lo que él ejerce. No existe mal alguno en que así se obre; no hay derecho para negar á nuestro semejante un puesto á que dignamente puede aspirar en el concierto humano, fáltase al dogma santo de la inteligencia tratando de ahogar en su génesis el concurso de la mujer.

Las Universidades del Estado empiezan á abrirle las puertas, y ella, por su parte, se apresura á responder dignamente á las invitaciones de la sociedad: es la semilla que se tiende hoy por este fecundo suelo, para recolectar el fruto en el porvenir.

El ejemplo de la señorita Castells animará á otras muchas, que no tardarán en seguir el camino de su rehabilitacion; la sociedad debe allanarles el camino y apartar los obstáculos que se opongan á su paso; en la seguridad de que trabaja en su propio bien, contribuyendo á extirpar el vicio y la miseria, que hasta hoy han sido patrimonio de la viuda y de la huérfana.

Nosotros no hemos de ser los últimos en animarlas á que se instruyan en las ciencias y en las artes, porque tal mision nos impusimos al venir á ocupar un hueco en el estadio de la prensa; nosotros, que dedicamos gustosísimos nuestro humilde concurso á la realizacion del gran ideal del progreso humano, faltariamos á nuestro deber, si no tuviésemos una palabra para conmemorar este acto trascendentalísimo para la mujer y para la historia de nuestro pueblo: ahí está el camino llano y espedito para todas; ahí está su porvenir, y nuestro porvenir, porque la esposa ineducada, ó ignorante, no puede hacer la felicidad del esposo en el hogar doméstico. Por esta razon hemos aplaudido y aplaudiremos sinceramente cuanto se ha-

ga en provecho de la instruccion y educacion de la madre del porvenir.

DELIRIOS DE UNA LOCA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

(Continuacion.)

Aquel hermoso vergel se hallaba alumbrado por los poéticos rayos de la clara luna. La nocturna brisa perfumada por las ricas esencias de bellas flores, refrescaron mis sienes abrasadas todavía por el fuego del averno.

Fijándome en la pequeña parte de aquel jardin, que dias antes se me habia cedido, vi á un jóven inclinado sobre las tiernas plantas que debian su vida á mis cuidados; y el buen caballero, con suma solicitud las regaba, al par que con clara y suave voz entonaba una cancion de amores.

Sensacion dulcísima causó en mi alma aquella argentina y fresca voz, que por sus variantes y armoniosas frases parecian el gorgceo del enamorado ruiseñor.

Al acercarme á él, paró su canto, me miró con interés, y entonces vi que era mi Anatolio.

Al reconocermle, se dirigió hácia mi con marcadas muestras de contento al verme allí, y con cariñoso acento y rodeando mi cintura amorosamente, me dijo:

—Querida Lambra, ¿cómo tienes tan descuidadas á tus lindas flores? Al verlas aquí tan tristes llorando tu ausencia, no he podido por menos que consolarlas dedicándoles mis cuidados ¿Y cómo no hacerlo siendo hijas de la perla de mis amores?

Tan noble era su acento y tan franca y apasionada su mirada, que tuve que bajar la mia avergonzada de mi falta.

—¿Qué tienes?—continuó—estás triste, pálida y ojerosa, ¿qué es lo que te aqueja, dulce amor mio?

—¡Ah!—esclamé con pena—el alma mala..... las sombras.....

—Las sombras—me replicó—¿y por qué las temes siendo tú la luz?

Entonces mi solícito esposo me condujo á casa, y con sus halagos y caricias volví á disfrutar de las dichas sin fin que alberga el hogar, cuando en él reinan el amor y la paz.

Feliz transcurrió un año, durante el cual mi Anatolio fué el mejor de los esposos; y el alma mala y las sombras parecia que se habian cansado de perseguirme.

Pero de repente, la estrella de mi ventura volvió á eclipsarse, porque el Capricho, con mas empeño que nunca, se apoderó del ánimo de mi querido esposo, y su bondadoso carácter se trocó en adusto é irascible.

Cuando por ello le reprendia yo con dulzura, me contestaba con palabras tan duras y crueles, que claramente veía en ellas la influencia del alma mala y las sombras, mis irreconciliables enemigos.

Una noche vi que Anatolio se engalanó lujosamente, y me dijo que no le esperaba hasta el día siguiente.

—¿Dónde vas?—le pregunté con extrañeza.

—No te importa saberlo—me contestó bruscamente.

—Te equivocas—le repliqué con dignidad—soy tu esposa, y tengo el derecho de saberlo.

—Tu deber es callar y obedecer cuanto te mande.

—Es decir, que me tratas como á una esclava.

—No; pero como á unaimpertinente, si. Sin atender á mis súplicas se fué, y estuvo ausente toda la noche.

Desde entonces que la Paz huyó de mi casa, y la Discordia batió sus negras alas sobre nosotros.

La Ira, la Soberbia y la Injusticia se declararon por Anatolio, y él, arrojando la máscara con que hasta entonces se había encubierto, se presentó á mis ojos tal como me lo había pintado la Desesperación.

Entonces sentí herida mi dignidad de esposa; y cuando le vi, iba á levantar la frente y contestar con arrogancia á sus insultos y reprocharle con valentía su inícuo proceder para conmigo; pero la Venganza se me acercó sonriendo y me aconsejó que me entregara de lleno en brazos de la Hipocresía, cuya señora, con el manto abierto me brindaba á cobijarme entre sus pliegues.

—Perdona mi indiscreción, querido esposo—dije entonces á Anatolio—no volveré á importunarte más.

Y volviéndome á la Hipocresía, le significué por señas que era toda suya, que estaba á su disposición.

Las palabras de humildad que dirigí á mi esposo, calmaron su enojo; pero al marcharse me arrojó una mirada tan despreciativa, que me hirió mucho más que sus injuriosas palabras.

—¡Venganza! ¡Desesperación! venid á mí amigas, mías, á vosotras me entrego, prestadme ayuda—esclamé fuera de mí apenas se ausentó Anatolio.

—Ya sabía yo que me llamarías—dijo la dama roja apareciendo ante mí, acompañada de la Venganza—¿Qué deseas?—me preguntó.

—Quiero saber á dónde vá mi esposo—la contesté.

—Vas á quedar complacida; mira el cuadro.

La obedecí, y entonces vi el mismo jardín y á la misma adúltera que la otra vez me había mostrado la Desesperación. Pero la hipócrita dama aparecía sola, y al parecer esperaba, porque en su rostro claramente se pintaba la impaciencia.

Poco después, vi que por entre los árboles avanzaban dos caballeros, y llegado que fueron á una de las plazoletas del jardín en donde había elegantes banquillos sobre uno de los cuales se hallaba sentada y reclinada negligentemente la dama en cuestión, se dirigieron á ella, y con suma galantería la saludaron.

Entonces los conocí, y un grito de indignación se escapó de mi pecho. Eran mi esposo y el Capricho, quien después de presentar á mi Anatolio á la dama, volvió á perderse entre la enramada, dejando sola á la pérfida pareja.

Ella miraba á mi esposo con refinada coquetería, y el infiel marido la contemplaba como arrobado, admirando los hechizos de aquella liviana mujer.

El cuadro fué presa de la misteriosa niebla, y poco á poco desapareció su fondo.

—¡Oh! qué amargura siento en mi alma. ¡Y por esa pérfida y desleal esposa me abandona mi Anatolio?

—¡Ah! qué horrible desengaño!—escla-

mé sin poder contener el abundante llanto que acudió á mis ojos.

—Ya ves como se aprecia la virtud—me replicó la Desesperación, añadiendo irónicamente.—Un ser tan corrompido como esa mujer, tiene más valor que tú para Anatolio, y por ella te ultraja, te desprecia y te abandona.

—Pero estoy yo aquí que haré arrepentir á ese hidalgo de su ruin proceder—esclamó como indignada la Venganza.

—Sí, si, amiga mía,—dije yo desechada—repito que soy toda vuestra, si me vengais del insulto que me ha inferido ese hombre.

—Síguenos pues,—me dijeron casi á un mismo tiempo mis dos protectoras.

Obedecí, y al verme en la calle, miré con dolor la morada do al unirme al hombre que tanto amaba, creía que mi vida sería una continuación de felicidad sin fin, y con amargura exclamé:—¡Anatolio, tú lo has querido!—y ahogando en mi pecho un grito de mi conciencia, resueltamente seguí á mis guías.

Libre por fin—dije entre mí con alegría al aspirar el puro aire del campo.

Con qué placer me veía lejos del alma mala, cuyo hálito emponzoñaba todo mi ser, amenazando extinguir mi vida.

Ya no oiría más su antipática voz, ni sentiría sobre mí la influencia de su sátnica mirada.

Huir de tan odiosa criatura era lo que tanto anhelaba; y al verme fuera del alcance de sus garras, me sentía renacer á la vida, puesto que realizaba mi más bello ideal.

Absorta en mis reflexiones caminaba silenciosa al lado de mis compañeras, cuando de repente, un espantoso grito, atronador, salvaje, resonó en el espacio. Volvíme, y aterrada quedé al ver que el alma mala nos seguía.

Un rayo cayendo á mis pies, no me hubiera causado el pavor que entonces sentí.

Ella, fijando en mí sus ojos de vívora me dijo:

—En vano huyes de mí, infeliz: te seguiré hasta el infierno si es preciso, con tal de atormentarte mientras vivas.

—Está bien—la replicó la Desesperación cogiéndome de la mano;—y añadió—síguenos si puedes.

Y ambas emprendimos tan veloz carrera, que muy en breve dejamos atrás á la Venganza; pero el alma mala seguía á nuestro alcance sin perdersenos de vista.

En nuestra rápida marcha subíamos sierras, bajábamos barrancos, saltábamos zanjas, vadeábamos arroyos, hollábamos sembrados, salvábamos como por encanto profundas simas y terribles precipicios.

Y el alma mala siempre detrás.

Trascurrían las horas y no descansábamos ni aun para respirar.

Ocultóse la luna entre negros nubarrones que anunciaban tormenta, y nos vimos envueltas en la oscuridad más densa, en el instante mismo en que acabábamos de internarnos en un espeso bosque.

Mas no por esto dejamos de correr, ni el alma mala de perseguirnos, pues tras nosotras se oía el crujir de las ramas que con sus brazos de hierro tronchaba sin piedad para abrirse paso.

Sentía mi pecho agitado y oprimido por la fatiga, los pies heridos por los guijarros, y la frente lacerada por los espinos de los zarzales.

Unido todo esto á la imponente oscuridad de la noche, me hallaba poseída de tal pavor, que sentía desfallecer mis fuerzas por momentos y mi terror aumentaba cada vez que oía el extraño y continuo graznido de las aves nocturnas, que espantadas por nuestro paso cerca de ellas, revoloteaban sobre nuestras cabezas como dispuestas á devorarnos.

En fin, me es imposible describir el es-

tado de mi ánimo en aquellos supremos instantes: básteos deciros, que preferiría morir mil veces, antes que pasar otra tan terrible noche como aquella.

La vívida luz de un relámpago me dejó ver lo laberíntico del lugar en donde nos encontrábamos, y un horrisono trueno nos anunció que teníamos encima la tempestad.

Aún resonaba en el espacio el eco del trueno, cuando un ¡ay! desgarrador, y el ruido de un cuerpo humano al caer pesadamente sobre la tierra, llegó á mis oídos, helando la sangre en mis venas.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UNA DOBLA.

IX.

(Continuación.)

Tal era el personaje á cuyo poder fui á parar, y creo que con las indicaciones que dejo apuntadas, no será necesario cansar á mis lectores con los detalles repugnantes de la entrevista que tuvo lugar entre aquellos dos bribones. Pasé con mis compañeras del bolsillo de D. Lucas al cajón de un elegante mueble que hubiera hecho honor al gabinete de tocador de la más aristocrática dama. No tardé muchas horas en cambiar nuevamente de domicilio, encontrándome á poco, y en compañía de algunos billetes de banco, en una perfumada cartera de riquísima piel de Rusia.

Mi antipático y repulsivo propietario, se hizo conducir en una elegante victoria arrastrada por dos soberbias yeguas normandas, á uno de los mas reputados almacenes de modas.

Allí pidió la última nota de gastos de la señorita X, bailarina del Teatro Real, y sin regatear, ni pestañear siquiera al ver la importancia de la suma á que la cuenta ascendía, satisfizo su importe, que por si solo hubiera bastado para hacer feliz á toda una familia, y salió del establecimiento. Cuando se alejó y me convencí de que estaba en poder de un honrado comerciante, me sentí aliviada de un peso enorme, y tuve como el presentimiento de que iba á conocer una parte menos corrompida de la sociedad.

Era sábado.

Al caer la tarde, algunas jóvenes modestamente vestidas, pero ataviadas con esa innata y sencilla elegancia que es peculiar á las hijas de Madrid, fueron llegando al almacén de modas.

Todas ellas venían provistas de un paquete mas ó menos voluminoso y que contenía su tarea de la semana. El dueño del establecimiento que á todas recibía con benevolencia y cariñoso ademán, se iba haciendo cargo de los trabajos, las hacia alguna que otra observación, ajustaba la cuenta de cada una, y les pagaba en el acto su importe.

Entre aquel grupo de jóvenes hermosas, y alegres hijas del trabajo, llamaba la atención una preciosa niña de unos diez y ocho años, cuya melancólica belleza hacía mas atractiva el riguroso luto que vestía. Adivinábase en su encantadora timidez, la poca costumbre que tenía de verse sola fuera de su casa, y en la distinción de sus maneras se veía claramente que la costura y el bordado, si bien constituían entonces un honroso medio de subsistencia, no le habían sido ciertamente enseñados con aquel objeto.

La existencia de esta niña, debía constituir todo un poema de abnegación, y reconozco que me consideré dichosa cuando el tendero al pagar su trabajo á la enlutada, y entregarle siete duros, lo hizo

poniéndome en su blanca y suave mano,
con dos monedas de plata.

Mimi.

(Se continuará.)

RECTIFICACION.—Habiendo notables errores de imprenta en uno de los últimos párrafos del artículo titulado *Entrevistas*, publicado en nuestro número anterior, lo reproducimos á continuacion:

«—Le diré á V., señora, tal vez sea que como en el periódico de ese señor se ha visto poco calor, poca fogosidad en los escritores que han tratado el asunto, no han hecho mas que recorrer la vista por los colegas locales, á ver qué decían respecto á la consabida cuestion. Como V. dijo poco, no les satisfizo, ¿A que el sensato domine D. Pepito, desde hoy es más simpático á los redactores de *El Constitucional*?

El fin del mundo tan frecuentemente anunciado por visionarios de todas las edades, acaba de predecirlo con toda la autoridad de los cálculos algebraicos más trascendentales el astrónomo escocés Piazzi Smith.

Tal vez dentro de pocos meses asistamos al espectáculo de un choque entre el sol y un cometa visible.

Pero los astrónomos suelen ser de condición amable, y ya que el señor Smith nos anuncia cosa tan terrible, nos presenta á la vez un cuadro encantador de las consecuencias de ese choque, si el cometa fuese un cuerpo sólido.

El aumento del calor sería tal, que destruiría toda la vida orgánica en la tierra. En el mes de Diciembre tendríamos una temperatura tórrida y los meses de Julio y Agosto, no podría soportarlos, ni aún

la salamandra, que sabido es vive con la mayor tranquilidad en medio del fuego.

Las montañas de hielo de los mares polares se derretirían como manteca junto al fuego, y la tierra se inundaría infaliblemente, si ya no estuviese reducida á cenizas.

En una palabra, diluvio y achicharramiento al mismo tiempo.

En Archidona se acaba de dar un caso como una casa. Una señora llevaba catorce años de matrimonio sin haber tenido sucesion. No se sabe á qué santo se encomendó para conseguirla: el hecho es que acaba de dar á luz de una vez tres criaturas robustas y saludables, Tardia, pero cierta.

LA PASTORCITA Y EL CAZADOR.

I.

Cazador.

—Luida, perla de los bosques,
¿Qué tienes tan afligida?
¿Dó escondistes el color
De tus rosadas mejillas?
¿Qué causa tu malestar,
No quieres ser pastorcita?
¿O es que mustiaron las flores
Lozanas que tú tenías?

Pastorcita.

—Los colores no he perdido
De mis hermosas mejillas,
Ni pude perder tampoco
Las flores de mi campiña,
Pues estas son más vistosas,
Mas fragantes cada día.

No me han faltado los goces
Divinos de la familia,
Que no llegué á conocer
Y nadie por mí suspira.

Solo adoro á mi rebaño
Que es mi encanto y maravilla,
Las flores son mis hermanas
Las tiernas aves, amigas,
Los céfiros, compañeros
Que dulcifican mi vida;
El murmullo de las fuentes
Y sus cristalinas linfas,
Unidas con el rocío
Forman mi bien y alegría.
Pero hoy me entristece todo,
El corazón me palpita,
Al pensar en ciertas cosas
Que me avergüenza el decírlas.

Cazador.

—Niña ¿Será acaso amor
Tu tenaz melancolía?

Partorcita.

—Amor ignora loque es
Cazador, la pastorcita,
¿Será lo que ántes dijera
De flores y de ambrosía?

Cazador.

—Niña, aquel viene de Dios
Su esencia pura, es divina,
Creada en el alto cielo
Para endulzar nuestra vida,
Y su influjo poderoso
Conduce al bien, hija mía,

Pastorcita.

—Entonces muero de amor
Desde que ví yo á un doncel
En mi frondosa campiña.
Siempre anhele verle, en vano,
Y pasan días y días
Y su imagen llevo siempre
Grabada en el alma mía.
¡Ay! que me mata la pena
¡Ay! que vuelva á mi campiña!

II

Pasó un año, y el doncel
Por allí no parecía
Y la perla de los bosques,
Aquella preciosa niña

La Loca de la Sierra.

CAPÍTULO XXV.

Quando Martin salió de la quinta, corrió á su casa, y enjazeando por su propia mano al mejor de sus caballos, montó en él, mandando á dos de sus mozos que le siguieran.

Una vez en el campo, el jinete dirigió al noble animal hacia las montañas, en busca de Adriana.

Tal era el deseo que el campesino sentía de

— 238 —

erraba dos hermosas cabras y unas cuantas
llinas.

Un cristalino arroyo que descendía de aque-
s altos cerros, amenizaba con su cadencioso
arrullo tan poético como solitario lugar.

Momentos después de espirar el valiente
mozón, se abrió la puerta de la cabaña, y en
dintel apareció una extraña figura.

Era una mujer, cuya edad no pasaría de
treinta años.

Su rostro cobrizo, sus espresivos y rasgados
ojos negros, y los enmarañados cabellos que en
desordenados mechones caían sobre sus espal-
das, demostraban elativamente el origen gitano.

Debía su fornido cuerpo un mal jubon, un
corto pañuelo y una sucia falda de color in-
definible y hecha girones, que dejaba ver parte
de sus piernas y los desnudos pies.

—¿Qué ruido es ese? ¿Quién turba la calma
en estos lugares?—dijo con irritado acento la
señora.

—¡Pobre niña! —dijo Horacio mirando con-
pasivamente á la jóven —qué hermoso es tu
corazon; si, Adriana, debes querer á la mar-
quesa, es muy buena; ámalala mucho; y su-
puesto que ella desea ser tu madre, hazte la
ilusion de que lo es.

Y los prometidos esposos siguieron hablan-
do de su próxima ventura.

tenia como si fuera á ella á quien debiera el sér.

— ¡Pobre muiñal! — dijo Horacio mirando con pasivamente á la jóven — qué hermoso es tu corazón; si, Adriana, debes querer á la mar-quesa, es muy buena; ámate mucho; y si su-puesto que ella desea ser tu madre, házte la ilusión de que lo es.

Y los prometidos esposos siguieron hablando de su próxima ventura.

—Será Wandiamé! —continuó —¿Será Gran Duque de la tribu que vuelve á venir que viene á sacarnos de este maldito destierro que estamos? como siempre desea recuperarme, como su legítima esposa que soy?

Y aquella mujer, cual una loca gorria, uno á otro estramo buscando al fantástico, que en su enferma mente se forjaba.

Por fin se encontró con Martín, y al verle lanzó una estridente carcajada, que claramente demostraba el lamentable estado de demencia de aquella infeliz criatura.

—Sí, sí, él es —dijo inclinandose sobre el cuerpo del desmayado joven.

Y la estrana mujer cargó con Martín, y llevó á la choza.

X aquella mujer, cual una loca corría uno á otro estremo buscando al fantástico; que en su enferma mente se forjaba.

For fin se encontrou com Martin, y al vez lanzò una esbrindante gargalada, que claramente demonstraba el lamentable estado de demencia de aquella infeliz criatura.

Y la estraña mujer cargó con Martin, y llevó á la chiqua.

A la luz de la tor que en aquella misera-
tancia ardía, la loga miró con afán el rost-
del que se salvaba, y al ver su frente ensangron-
da, exclamó.

— ¡Esta herida! ¿Qué horror! Pero no temo.

Muriéndose iba de amor
Cuidando á sus ovejillas.
Ella le rogaba al cielo
Y á la virgen sacratísima
Se la llevase á su lado
Para aliviar su agonía.

Y Dios, oyendo aquel ruego
De la perla cristalina
De los bosques, la llamó
A su mansion infinita.
Pues murió á los quince abríles
En su frondosa campiña,
Rodeada de sus flores
Y aspirando su ambrosía.

III

Tres dias despues llegó
Un doncel de alta valía
Y preguntó conmovido
En la aldea, por la niña.
Dícenle que ya murió
Y de amor segun creían
Los zagales de la aldea
Pues siempre estaba afligida.
—El lanzó una maldicion
Y se trastornó enseguida.....

Hoy hace años que aparecen
En ciertos solemnes dias
Esparcidos á capricho,
En la tumba de la niña,
Inscripciones y guirnaldas
Y ramos de siemprevivas.

No faltando allí un doncel
Que mira á la tumba fria
Suspirando por su amor
Y postrado de rodillas,
Pronuncia allí una oracion
Por la hermosa pastorcita.

A. LAURÍ.

LA VELETA Y EL VIENTO.

FÁBULA.

¡Válgame Dios! con razon
dijo al viento la veleta:
—¿Querrás dejarme estar quieta
en alguna posicion?
Ora miro al Setentrion,
al Sur hoy, si al Norte ayer.....
—Así place á mi poder,
repuso el viento ya dicho;
*quien obedece al capricho
víctima suya ha de ser.*

ALFONSO E. OLLERO.

PENSAMIENTOS.

Conozco á no pocos descreídos que envidian
la dicha del creyente. No conozco á ningun creyente
que envidie el vacío horrible que siente
en su alma el descreído.

Para no adorar al Mártir del Calvario, sería
preciso arrancar el corazón á la humanidad.

El materialismo nos sume en oscura noche,
al través de cuyas sombras ni siquiera se vislumbra
una estrella que nos permita gozar de la poesía
de las ruinas.

Miremos más al cielo y ensangrentaremos
menos la tierra.

CHARADA.

(IMITACION.)

Un soneto-charada me has pedido,
y es tu exigencia, Arturo, peregrina.
¿No sabes que la fuente Cabalina
mis fauces, ni una vez ha humedecido?
Pero logro un cuarteto ver zurcido
del *todo*, que al mirarlo se adivina,

y el otro que ya casi se combina
quedará en este verso concluido.
Fuera yo muy *dos-dos*, ó muy *primera-
prima*, retrocediendo en un terceto
que consigo acabar de esta manera.
Y aunque me pone el otro en un aprieto
á fuer de charadista *dos-tercera*,
concluyo la charada y el soneto.

H.

LUIS MIRA.

Este es el nombre del afamado turrone-
ro proveedor de la Real Casa, premiado en
varias exposiciones nacionales y en la
Universal de París, que tenia su despacho
en la entrada de la peluquería del señor
Rubio, calle Mayor, y hoy se ha trasladado
á la misma calle número 7, tienda de
curtidos de D. Vicente Martínez.

Tiene un completísimo surtido de turrones
de Jijona, peladillas legítimas de Alcoy,
y de toda clase de dulces.

Cada ocho dias se reciben los géneros
frescos.

TURRON.

El acreditado turroneiro Antonio Lopez
Jerez, acaba de llegar á esta capital, con
un completísimo surtido de turrones de
Jijona y peladillas legítimas de Alcoy,
de toda clase de dulces, y se halla establecido
en el pasaje de Amérigo. Lo pone en conocimiento
del público y de sus numerosos parroquianos.

Además tiene pasteles llamados de Gloria
y cascás de Valencia.

Cada 8 dias se reciben los géneros
frescos.

No dudamos en recomendar á las personas
de buen gusto este industrial, ya acreditado
por los muchos años que viene á esponder
sus ricos turrones á esta capital.

ALICANTE.—1882.

Imprenta de Antonio Seva,

— 236 —

encontrar á la fugitiva joven, que hostigó
fuertemente á su caballo, el cual, emprendiendo
una rápida carrera, en breve dejó atrás
á los mozos, los que comprendiendo el peligro
que corría su dueño, al ver la vertiginosa marcha
del noble animal por semejantes lugares,
y en aquella noche en que tan difícil hacia el
paso por ellos la abundante nieve que había
caído, quedaron aterrados al perder de vista
al jinete.

Cuando Martín se fijó en lo temerario de su
carrera, quiso detener al brioso corcel, mas ya
no era tiempo, pues iba desbocado y no obedecía
al freno.

El mozo comprendió entonces que estaba
perdido, y agarrándose fuertemente al cuello
del enfurecido animal, se conformó á seguir la
suerte que le cupiera en aquellos supremos
instantes, que trajeron á su mente las terribles
palabras del padre Diego.

—Esto es un castigo de la Providencia—

— 233 —

que arrobados por dulce éxtasis quedaron con-
templándose uno al otro.

Por fin, Horacio, volviendo en sí, dijo á su
prometida:

—Adriana querida, ángel mio, perdóname
por haber dudado de ti.

—Nada tengo que perdonarte, puesto que
todas, todas las apariencias me condenaban,
no tan solo á tus ojos, sino ante los de todos.

—¿Me amas mucho, Adriana?

—Mas que nunca, Horacio, pues la pasión
verdadera se purifica por el sufrimiento, y yo
he sufrido mucho.

—Pero gracias á Dios ya ha concluido nuestro
padecer, porque en breve serás mi esposa
y con mi cariño serás feliz.

—Sí, muy feliz—añadió la joven con apasionado
acento, continuando—la marquesa me ha
anunciado nuestra unión. ¡Cuán buena es!
y yo que creía que me guardaría rencor, y
mira Horacio, me ha dicho que la quiera como

30

— 237 —

decía entre sí—soy un infame; justo es
espíe mi delito.

Y el joven, arrepentido, esperaba su muerte
con resignación.

El caballo, siguiendo su loca carrera,
metió por una estrecha abertura que había
entre dos grandes rocas, y salió á una espesa
de plazaleta rodeada de elevados peñascos
fué á dar su cabeza contra un saliente
arrojando á gran distancia al infeliz Martín
que quedó sin sentido.

El noble bruto, con la cabeza destrozada,
un terrible bote, y cayó cadáver junto á
animado cuerpo de su dueño.

Aquel agreste y solitario lugar, solo
entrada por la estrecha cortadura que había
desierto.

En una de aquellas rocas se veía una pequeña
y rústica puerta hecha con troncos de
boles. Era una choza. Próximo á ella había
una gruta cerrada por fuerte empalizada.

— 240 —

que se le iba infaliblemente al alma.

La loca, con solícito cuidado, curó una
funda herida que Martín tenía en la frente.

—Esto no es nada—decía—una caída del
ante que montaba.

—¡Oh!—Wandame, Wandame, ¡Cuánto
apuro que estoy esperando volverte á ver!

—Y ahora no te separarás ya de mí, porque
a que no te roben como la otra vez, voy á
verte.

La gitana, cogiendo en brazos al labriego,
trasladó á una pequeña habitación, deján-
lo sobre un pobre jergón, que había en un
coque formaba la misma peña.

—Ah, se me olvidaba—añadió la loca—voy
á traer el gran elixir, para que no pienses mas
en mí, y que no me vuelvas á dejar otra
sumida en la mayor de las desventuras,

es para mí no poderte ver á todas horas.

La gitana, sacando una sangrienta redoma